



El puñal Jorge
Fernández Díaz

DESTINO

El puñal

Jorge
Fernández
Díaz

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1351

© Jorge Fernández Díaz, 2014

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta
Independencia 1682 (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Reimpresión de Ediciones Destino España (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: 2014

Primera edición en Ediciones Destino: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-233-5002-5
Depósito legal: B. 24.461-2015
Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Mesalina.....	9
1. El héroe infame.....	11
2. El guardián de la Gioconda.....	38
3. La lealtad de los samuráis.....	98
4. Recuerdos del polvorín.....	127
5. La dama blanca.....	143
6. El más malo de todos.....	162
7. La reina del peronismo caviar.....	193
8. El puñal de Nuria.....	212
9. El cartel de Buenos Aires.....	237
10. El derrumbe.....	295
11. El fondo del pozo.....	316
12. La larga marcha.....	350
13. Los hijos del dragón.....	376
14. Nada más que la verdad.....	420
Agradecimientos.....	443

I

El héroe infame

Aquel sábado fue un día realmente duro: después de haber acribillado a cinco o seis en la retirada, un francotirador inglés con una mira infrarroja me paró en seco y me abrió un buraco en la barriga. Fue en el combate de Monte Longdon. Y cuando desperté estaba todo remendado en una tienda de campaña: nos habíamos rendido. Al volver me dieron tres medallas y me encerraron en una sala psiquiátrica del Hospital Militar. Más tarde me obligaron a firmar unos papeles confidenciales y con otros desamparados y loquitos me subieron en secreto a un camión y me tuvieron dos años en Campo de Mayo haciendo cursos de comandos a órdenes de Leandro Cálgaris.

Cálgaris trabaja desde entonces en una agencia del servicio de inteligencia del Estado. Le decimos «coronel» aunque técnicamente es un retirado del Ejército y funciona como nuestro jefe de Operaciones en las sombras desde 1984: todos los presidentes y ministros lo han tratado en algún momento, y ahora es conocido en el mundo de la política como «el tipo que arregla los problemas». El viejo me enseñó a leer y a estudiar, y a ejercer todos los verbos prohibidos. Me salvó de levantarme la tapa de los sesos, como hicieron tantos camaradas de trincheras. Le debo mucho. Y a pesar de todo, lo confieso, a veces me gustaría mandarlo de un tiro al otro barrio.

La chica que estoy siguiendo no es un problema de Estado. Pero es esa clase de asuntos con los que pagamos

las cuentas. Le vengo pisando los talones desde el viernes y sé que llegó la hora. Estamos en una disco de la Costanera. La chica tiene un chico que piensa que es grande, y que el Chapo Guzmán le debe un favor. Anda en un Porsche y calza Parabellum de 9 milímetros, pero nunca le disparó a un cristiano y no sabe cómo se siente uno después de ese trámite.

Un rubio musculoso bloquea la entrada y me recuerda con su mirada que sigo siendo un negro de mierda, pero hay algo en la mía que lo convence de que también soy muy capaz de romperle la jeta. Así que me da el paso, y entro en el humo, en las luces y en el ruido. Me abro camino a los codazos y pido una cerveza en la barra. La chica tiene el pelo rojo y el vestido amarillo, y se mueve en la pista con los ojos en blanco, cerca y lejos del chico malo, que baila solo con los gestos y especula con los ojos, como si lo rodearan potenciales clientes o enemigos.

Al rato lo rodean siete anoréxicos, y todos juntos derivan entre abrazos y gritos y besos hacia un rincón alejado. Acampan dos horas a pura bebida blanca hasta que uno se queda duro, y otros dos se confunden de cuerpos en un amasijo. Estuve en muchas trasnochadas, pero pocas veces vi a una chica tan muerta. El amarillo se le subió a la cara, y no sabe si vomitar o comprarse un gato. Su novio, que es un gran pelotudo, se levanta con un porro en los labios y la lleva hasta el baño de caballeros. Quiere inyectarle algo en el brazo para revivirla. Es una bravuconada de falso traficante, de falso influyente y de falso maldito. Le aplastó la nariz de un codazo y le tiro la pistola al inodoro.

La chica no sabe dónde está: tararea una canción de Sumo, le pide explicaciones al espejo y noto que ha perdido un zapato. La tomo de la cintura, pasamos por encima del impostor caído y la arrastro hasta la calle. Pesa y piensa menos que un maniquí. La acuesto en el asiento trasero de la camioneta y salgo a Libertador y subo a la Panamericana.

Estoy tarareando la misma canción cuando llego a La Horqueta. El vigilante sale de la garita, me reconoce y llama por radio a su patrón. Prendo un cigarrillo, se encienden algunas luces en las ventanas. La chica no sabe si aprobó Química de tercero. Viene a buscarla su madre en bata y con lágrimas, y con mucamas vestidas de rosa. Se la llevan a la cama, llaman al médico. El padre, con las manos en los bolsillos, mira la procesión y se apoya en la 4×4.

—Son cinco días, diputado —digo.

—Hace diez que no duermo. Los hijos se nos parecen tanto, pero tanto, que son distintos.

Cobro, arranco, me pierdo en la noche.

Lali tiene treinta y ocho años aunque aparenta cincuenta y cinco. Es adicta a la cocaína desde hace seis, pero no perdió la figura. Se llama María Laura: ojos marrones, rubia de pelo largo y trenzado, pinta de rockera. Ganó mucha guita en los noventa cuando trabajaba de *paparazzo* para revistas internacionales del corazón. Ahora está de capa caída, y tuvo que vender su alma al diablo para no malvender su colección de Nikon, Canon, teleobjetivos, cámaras digitales *high definition*, y sobre todo su Yamaha FZ16. La sacamos por los pelos de una causa por tráfico ilegal de estupefacientes, y en la actualidad nos hace seguimientos a pedido. Es una motociclista muy eficaz, y Cálgaris le paga con provisiones incautadas que guarda en su caja fuerte. Esta vez le llevo una bola bien pura: si no se envicia y la corta bien, puede hacer buena plata en Palermo Hollywood. La policía ya sabe y no se mete con ella. Lali provee a gente del espectáculo. Gente sensible que necesita analgésicos contra la angustia de los dioses.

Pateo la puerta de latón porque con el timbre no hay manera. Son las cinco de la tarde, pero después de andar despierta cuatro días me imagino que está en estado de

una cerveza para pasar el mal trago—. Dice el coronel que si te enfiestás con esto me manda a romperte la casa.

Se encoge de hombros. Nos quedamos en silencio. Miro una vez más la secuencia de fotos que le hizo a la duquesa. Son dos cuadros sin marcos. Dos momentos maravillosos del periodismo y de la aristocracia ibérica. En el primero se ve a la duquesa paseando por Buenos Aires, haciendo *topless* en una terraza de José Ignacio, coqueteando con un jugador de polo en una hacienda de San Antonio de Areco. Ese trabajo local puso a Lali en boca de todos los cuervos de Europa. Dos años después le ofrecieron buena guita para que la persiguiera día y noche por Brasil. No le dieron un solo dato; Lali tuvo que arreglárselas sola para seguirle la pista, sobornar a un conserje y conseguir una moto para no perderla en el tráfico colapsado de Río de Janeiro. La pescó finalmente en Río das Pedras: la duquesa sentada sobre un plebeyo de color, la duquesa con sus tetas puntiagudas rodando por la arena, la duquesa haciendo fellatio. Salvo esa última toma, las revistas y los tabloides publicaron todo e hicieron su agosto. En el ángulo inferior del segundo cuadro hay una tarjeta de la duquesa, y una frase manuscrita por ella misma. Va dirigida a Lali: «Has destrozado mi vida». Hay otros cuadros y muchas otras presas en esa pared, pero esas dos secuencias son los trofeos más preciados de la cazadora.

—Una abogada española —le informo. Lali no levanta la vista—. Tiene diez años más que vos, pero aparenta menos. Está buena, aunque parece más alta de lo que es. Se llama Nuria Menéndez Lugo. Tomá.

Pongo un sobre de manila en la encimera. Lali le echa un vistazo, después se pasa una mano por la cara. Le sirvo un vaso de agua bien fría. Se lo toma de un trago. Le tiembla un poco el pulso. Puede que esté un tanto destemplada. Le busco una camiseta en una cómoda. Cuando se la alcanzo ya está revisando la ficha y las fotos que bajamos de Google. La Menéndez es una morena que aho-

coma. Me abre después de un rato. Una rendija donde un vampiro lagañoso pregunta con voz afónica: «¿Qué carajo querés, Remil?». Tengo muchos nombres, pero en el ambiente me conocen como Remil. Es un chiste de la mili que se hizo popular en Puerto Argentino. Yo era un muchacho cruel de la infantería. «Hijo de remil putas», me decía mi sargento mayor todas las mañanas, durante los entrenamientos. Era un elogio. Quedó Remil. «Tengo hambre», le digo a Lali empujando la puerta. La rubia trastabilla, está completamente desnuda y el pelo largo y suelto le llega hasta las nalgas. Vive en una planta baja de la calle Honduras. La puerta da a un garaje convertido en *loft*. El salón es un taller mecánico con una Yamaha estacionada en el medio. Hay herramientas y fotos robadas a estrellas menores del cine y la televisión. A unos pasos está la habitación larga, con una cama redonda a la izquierda y un laboratorio con isla de edición a la derecha: ahí descansan todos los instrumentos. De solo mirarlos me doy cuenta de que los estantes están un poco vacíos y tristes. Lali sacó a remate algunas cosas para ganarse el pan y mantener el vicio. De un baño emerge un zombi en bolas: tiene tatuados a Evita y a Mick Jagger en el pecho. Suelto los botones de mi chaquetón y le muestro la cintura: el flaco no sabe qué es una Glock, pero intuye que si no se larga lo cago a cohetazos. Recoge como puede la ropa y sale como rata por tirante. Abro la nevera, saco fiambre y pan de molde; me preparo un sándwich. Lali no se preocupa porque la siga viendo en cueros; se sienta a procesar su resaca en una banqueta alta y se queda quietita. Tuvimos alguna vez algo. Encamadas y no mucho más, y la verdad es que le guardo afecto. No me gusta que sea drogona, pero ella me gritó muchas veces que ese *business* no era cosa mía. Así que saco del bolsillo la bola envuelta en papel metalizado, se la muestro un segundo y la pongo en el congelador.

—A ver si recuperás esos equipos —le digo, metiéndole un mordisco al sándwich: parece plástico. Destapo

ra usa tinte rojizo. Pómulos altos, ojos negros, boca carnosa. Menuda pero bien proporcionada. Mucho rímel y rouge. Chaquetas entalladas con solapas amplias; camisas y faldas a juego. A veces, cinturón ancho de cuero para destacarle la cintura. Propensión al negro y a los collares de perlas.

—Abogada —murmura. Lali sigue afónica.

—Alquiló un departamento en Barrio Norte.

—¿Cuánto va a durar esto?

—Te va a llevar tres semanas —calculo.

Lali se pone la camiseta al revés y mira más de cerca una de las fotos. Luego la aleja para tener una mejor perspectiva.

—Es jodida —decreta. Levanta al fin la vista y me clava los ojos marrones. Ya no parecen velados, de golpe están despiertos—. Una mina muy jodida, Remil. Y de minas jodidas no hay nadie que sepa más que yo.

Lali no se impresiona con casi nada, pero de repente está asustada como nunca. Tiene un mal palpito. Termina la cerveza, la acompaño en el sentimiento.

No digo que soy un atleta, pero el oficio me obliga a mantenerme en forma. Hago pesas y corro una hora todos los días, practico boxeo martes y jueves en Saavedra, y le doy al gatillo con armas cortas y largas en un polígono subterráneo del servicio naval. Nado varios kilómetros algunos domingos en el Río de la Plata y juego todos los sábados que puedo en el torneo bizarro de la Villa Costal. Soy zurdo, pero me destaco por armar bien la defensa. Son torneos por plata, con apuestas y todo, y los encuentros empiezan a las ocho de la mañana y terminan a las ocho de la noche. Todos contra todos, en partidos de 45 minutos, y hay un equipo de narcos, otro de policías, uno de pibes delincuentes y otro de albañiles, uno de camioneros y otro de rejuntados. Las reglas son laxas, y siempre hay puñetazos. Con el cansancio y la ambición, las semifina-

les se vuelven sangrientas. El dueño del almacén hace las veces de traumatólogo y veterinario, y es raro que no deba intervenir para arreglar una quebradura antes de que al desgraciado lo vengán a buscar con una ambulancia del SAME y se lo lleven a la sala de urgencias del Piñero. La final es a muerte. Cae la noche y la patada más baja te la dan en los dientes.

Cuando todo termina, nos tomamos unos vinos baratos en el bar y nos comemos unas milanesas. Ahí se escuchan rumores, hazañas delictivas, novedades del bajo mundo. Este sábado mi equipo quedó por el camino, así que espero entre el público fumándome un cigarrillo y rascándome los sobacos. Después le digo al patrón que llame al Cerrajero y a la Vieja. Los espero apartado, en una mesa con dos sillas carcomidas. Llega primero la Vieja con tres pibes que traen el morro quemado. «Cuidado con la pasta, Vieja, que estos en cualquier momento te dan faca para sacarte dos pesos», le advierto. Los pibes se ríen, la latita caliente les deforma los labios. «Afuera», les ordena la Vieja con un grito seco. Se van, pero uno se agarra los huevos y me los sacude. Le sirvo a la Vieja un vaso. Es una mujer hosca y regordeta, tiene cara de rata y pasa del frío al calor en un segundo. Es inexpresiva y nunca mira de frente. Hasta que te mira, te manda una tira de insultos y te amenaza con un revólver. Es una falsa cartonera. Sale los lunes con sus pibes, que arrebatan a su paso lo que pueden, y a la hora de la siesta va tocando timbres y pidiendo ropa por barrios elegantes. Donan poco, pero ella no se preocupa mucho: tiene en la cabeza el mapa de esos edificios, memoriza las costumbres de los encargados, los movimientos y las ausencias, y después les vende la información a los ladrones o a la policía.

Llega enseguida el Cerrajero, que es un veterano del saqueo. Tipo bajito y flaco, pero de brazos musculosos. Se ríe de cualquier cosa, aunque toma la faena muy en serio. No es adicto y nunca en su puta vida cargó un arma; así y todo estuvo varias veces en prisión por dela-

ciones. Nunca lo agarraron con las manos en la masa. Es un artista con una única debilidad: los caballos de carreas. Cálgaris se valió de ella para reclutarlo y para tenerlo enganchado. Les llevo dos fajos y dos planos con la dirección: 14 B, calle Juncal, edificio alto y antiguo, sin cámaras ni seguridad, pero con un portero que fue policía bonaerense y que no duerme la siesta.

—¿Cómo se llama la mina? —pregunta la Vieja.

—Nuria Menéndez Lugo —le digo rápido, y después se lo dividido en sílabas—. Nuria, Vieja. Es gallega. No sé si tiene mucama.

—Nuria —se ríe la rata sin muelas.

—Alquila, así que las facturas no vienen a su nombre. Pero a lo mejor encontrás algo.

—Nosotros te lo guardamos —dice el Cerrajero, que tiene más luces—. Vos no te hagás problema.

La Vieja se esconde el fajo en la falda; el Cerrajero besa el suyo y se lo mete en el bolsillo mirando a los lados. Después toma un traguito, chasquea la lengua y pregunta:

—¿Cuándo querés que le reventemos el piso?

—Dejá pasar una semanas. La Vieja te tiene que averiguar cómo se mueve la vecina de Nuria. Es una mata-sanos. La Menéndez pasa el día afuera, pero la torda atiende salteado, por lo que sabemos es quinesióloga. Necesitamos estar seguros de que ninguna de las dos está en el piso cuando los encaremos. Porque los vamos a encarar juntos. El A y el B, frente y contrafrente.

—¿Lo hacemos bien o lo hacemos mal? —quiere saber.

—Mal —respondo—. Nada de llaves ni ganzúas. Con palanca. Entramos en los dos departamentos para que la Menéndez no sospeche. Es muy viva y si le reviso las cosas por ahí se da cuenta. En cambio, si nos afanamos el piso entero va a terminar en la comisaría, y ahí le van a contar que hay bandas de colombianos dedicados al robo.

—Conozco a varios, son unos novatos —se sonrío—. Todavía barretean. Y la policía les cobra.

—La policía cobra todo —agrega la Vieja.

Saco otro papel, es un plano de Flores. Les informo que el coronel sobornó a un comisario. Pueden robar en seis calles a la redonda.

—No se crucen fuera del perímetro porque no hay protección y los liquidan —les digo inútilmente y me estiro hacia atrás: me duele la cintura—. Es buen pago, viven muchos ricachones en esa zona.

—¿Para quién es el botín de Juncal? —pregunta la rata.

—Fifty-fifty —dice el zorro sin mirarla—. A riesgo de que no haya un cobre.

—No hay que ser tan ambicioso, Cerrajero —lo calmo, y miro por la ventana.

Se hizo noche cerrada. Salir caminando a esa hora es siempre un riesgo. Los farloperos pueden querer liquidarte para sacarte tres billetes roñosos. Y aunque en la villa saben que soy un tipo duro, en la oscuridad todos los gatos somos pardos. Lo normal es salir en grupo, pero estas instrucciones me retuvieron más de lo aconsejable. Me despido de la rata y del zorro, pago la cuenta en el mostrador y salgo a la calle de tierra. Por las dudas, saco la Glock del bolsito. Paseo con ella un rato escuchando cumbias, me apoyo en un muro donde hay una pintura del Gauchito Gil para girar una esquina contraindicada, y después sigo derecho hasta el asfalto, siempre por el lado de la sombra. Cruzo una avenida y miro por encima del hombro, y al comprobar que nadie me sigue, guardo la herramienta. Sigo hasta un estacionamiento abierto las 24 horas, pago y me acomodo en la 4×4. Pongo a D'Arienzo. En cincuenta minutos llego al barrio. Vivo en un departamento de cinco habitaciones de Belgrano R.

La puerta es blindada, y tengo dos alarmas especiales. Después de esos rituales dejo la pistola a mano, me desvisto y chequeo el contestador automático mientras abro

la ducha. Van surgiendo voces conocidas. La más importante es Rosita: me emplaza a comer un asado dominiguero en La Plata y a llevar dos botellas de vino. La última revisión médica no dejó tranquilo a nadie: el sargento no evoluciona y se agregaron algunos «problemitas». Rechisto. La segunda voz interesante pertenece a la gorda Maca: «Acordate de que programamos una sesión para el lunes. Me dijo el coronel que además tenés material para mí. Traélo. Te espero a las once». Maca es psiquiatra. Por prescripción judicial tengo sesiones de control una vez al mes con ella. Maca también es empleada de Cálgaris, y trabajará en el perfil psicológico de Nuria Menéndez. La tercera voz suena metálica: Palma me avisa que se quedará en la Cueva hasta tarde y me pide que lo llame. «Este pibe no tiene vida», pienso mientras me ducho. Yo tampoco. Uso el botiquín de comando para curarme los raspones de la tarde. Después me miro en el espejo de cuerpo entero. Músculos todavía firmes, antiguas cicatrices, tatuajes carcelarios. Un viejo que la pelea, pero un viejo al fin. Sirvo un vodka, me tiro en el sofá y prendo el plasma pero le bajo el volumen. Marco el número de la Cueva mientras hago *zapping*. Palma responde de inmediato:

—Qué hay.

—Laburo —le digo, viendo escenas bélicas en la CNN.

—¿Paga la Casa o la Casita?

—La Casita, bolas —le digo con irritación.

La Casa es el Servicio de Inteligencia. La Casita es la base Chacabuco, que dirige Cálgaris y que no aparece en ningún mapa. Estructura paralela, la nave de los locos. La Casa tiene sus propios técnicos y equipos oficiales para el espionaje electrónico. Nosotros los subcontratamos. La Cueva es una oficina de hackers que opera por encargo. Les pagamos con fondos reservados, pero tampoco figuran en ninguna planilla. Los pibes son dueños de una tiendita muy próspera con clientes privados de

bolsillo generoso. Empresas de seguridad que piden un seguimiento electrónico para la esposa infiel de un cliente. Directores de recursos humanos que contratan una persecución silenciosa de cierto empleado deshonesto. Accionistas que encargan seguimientos informáticos de sus gerentes más leales. Políticos, sindicalistas, periodistas. Todos contra todos, en busca de sus secretos. La parte más entretenida, sin embargo, es penetrar la intimidad de las estrellas de la farándula. Esos romances y pecados estallan luego en los programas de chismes de la tarde, y los muchachos de la Cueva se matan de risa. Palma es el más hábil y obsesivo de todos: vulnera cualquier servidor, interviene cuentas encriptadas, intercepta mensajes a través del mecanismo *man-in-the-middle*. Y maneja el equipo Premium: micrófonos láser y direccionales, valijas y escucha de telefonía celular analógica-digital. No quiero aburrirlos. La intimidad ya no existe.

—¿Quién es, qué hace? —pregunta Palma.

—No es una actriz de culebrón —lo decepciono—. Es una mujer de leyes. Antes de acostarme te paso la información por correo. Tiene dos celulares, un teléfono de línea en el estudio y otro en el departamento. Carga siempre con una tablet y a veces con una netbook.

—¿Qué estamos buscando?

—Ni idea.

—Eso encarece mucho.

—No creo que quieras regatear con el coronel.

—No hace falta que me mandes el dossier de Nuria Menéndez Lugo. Ya lo tomé de tu escritorio. Tu password es muy fácil: R7I.Remil. Cualquiera sabe que estabas en el Regimiento 7 de Infantería cuando cayó Puerto Argentino.

—Fue la unidad con más bajas —le digo distraído: CNN transmite ahora desde las convulsinadas calles de Siria—. Tuvimos 37 muertos y 137 heridos.

—Me aburre tu melancolía, Remil. Hasta mañana.

Me lo imagino sentado ante su consola, rodeado de

pantallas, revisando mis archivos. Un adolescente sin edad, con camiseta de George Romero, gorrita de béisbol y una piruleta en la boca babosa. Jamás dejo las cosas verdaderamente importantes en mi PC; las guardo en un puñado de *pendrives* que escondo en un zócalo falso. Unos discos de copia descansan también en una caja de seguridad del Banco Francés junto con un Magnum 357 de valor sentimental. Para las carpetas confidenciales de mi máquina casera tengo un virus arrasador y para los papeles, una trituradora que reduce todo a virutas blancas. Me causa gracia que Palma nade en mi pecera buscando inútilmente su alimento.

Por más cansado que me encuentre no consigo pegar ojo si no leo un rato. Es una costumbre que me inoculó Cálgaris, un fanático de la historia y específicamente del Imperio romano. De joven me obligaba a despachar un libro por semana y me interrogaba después sobre su contenido. Puto cabrón con delirios de grandeza. «Somos la Guardia Pretoriana —decía el viejo whiskero—. Y cada uno de nosotros debe alcanzar la templanza de los centuriones.» Veinticinco años después Leandro Cálgaris sigue tomando whisky pero ya no me toma la lección: solo recomienda un autor o habla tranquilamente de alguna biografía novelada. Rara vez trae a colación una escena o un personaje de la historia y lo hace para ejemplificar alguna situación del presente. Sabe que ya no necesita incentivar me, que la droga histórica no me dejará nunca.

En la mesita de luz me reconcilio con una crónica sobre los prolegómenos de Al Qaeda. Tardo cuarenta páginas en dormirme. Sueño con la villa: estoy en un partido interminable, me encuentro exhausto, pero sé que si paro a tomar aliento un jugador me pegará un puntazo, y después otros caerán sobre mí para matarme. Entonces saco fuerzas de la desesperación y sigo corriendo y corriendo mientras me siento morir. Me despierto cansadísimo, y preparo un desayuno rápido: café expreso, jugo de naranja y galletitas con queso blanco. Leo los

diarios lentamente, con un rotulador amarillo, y algunas veces subrayo una frase o un párrafo. Recorto artículos políticos o policiales, y hago anotaciones al margen con un bolígrafo. Es un acto reflejo. «Casi todo está en los diarios —me decía Cálgaris en los comienzos—. Solo hay que aprender a leerlos.»

Hago cuarenta y cinco minutos de pesas y abdominales en el cuarto de los aparatos. Me vuelvo a duchar. Me visto de negro, me pongo el chaquetón y me calzo la Glock para no salir desnudo. Saco de la alacena dos malbec y salgo con la 4×4 por Virrey del Pino hasta Libertador. Voy camino a La Plata, con el sol en la sien. Es un día frío. Pienso en Maca, que me espera mañana para revolverme las tripas. Sonríe al recordar cómo Palma hackeó su cuenta e interceptó sus correos. De esto debe hacer un año, pero cada tanto la pincha por diversión. Maca es lesbiana y tiene un amorío a distancia con la señorita Flores, una agente encubierta que Cálgaris colocó en el Palacio de las Cortes de España. Luciana Flores, expolicía federal, rubia oxigenada, nariguda y culona, rápida para los mandados pero propensa a la astrología. Maca cometía el terrible error de comentar con ella, entre promesas eróticas y frases amorosas, la pesquisa psiquiátrica que estaba haciendo sobre mí a instancias de un juez. No voy a entrar ahora en tema porque es largo y escabroso. Baste decir que Cálgaris me infiltró en una banda de ladrones de camiones de caudales, y que después arregló todo para que me detuvieran y procesaran, y me metieran en una cárcel de máxima seguridad con el objetivo de desbaratar una banda que actuaba dentro del servicio penitenciario. La broma duró cinco meses y nunca tuve que pelear tanto para mantenerme con vida. Ni siquiera en Monte Longdon. Hubo temporadas en que luchaba a mano limpia o con faca dos o tres veces veces por día. Ya lo contaré en alguna otra ocasión, porque ahora estoy saliendo a la autopista y el tráfico viene complicado. El asunto es que me sacaron a tiempo y me limpiaron el expediente. De-

claré como testigo protegido, pero un abogado del prefecto mayor presionó para que el juzgado me hiciera una revisión psiquiátrica. No salí muy bien parado de esa prueba, así que el juez ordenó que se me sometiera a un control periódico. Cálgaris logró que el trámite permaneciera en los límites de la Casita. Hay que decir la verdad: al juez lo teníamos filmado con una menor en un puticlub de la calle Tucumán. No opuso mucha resistencia.

Todo este rodeo es solo para explicar que los mails de Buenos Aires a Madrid y viceversa eran realmente deliciosos. Después de quince sesiones, Maca le revelaba a su amante que yo había tenido «vivencias de shock» y «neurosis de guerra» y, en consecuencia, fuertes alteraciones postraumáticas. Era un huérfano total antes de entrar en el Ejército y un veterano condecorado al salir. Haberme mantenido, sin embargo, dentro de la estructura de inteligencia, haber sido entrenado como un agente y un soldado había resultado «un factor protector». Pero tanto las secuelas como las nuevas actividades de esta profesión me habían transformado, escribía Maca: «Tiene una rápida adaptación para sobrevivir a cualquier cosa y es capaz de deshumanizarse. A veces pienso que es incapaz de sentir».

Con cierta lógica, la Flores le señalaba que yo me consideraba «fuera de las reglas». Y preguntaba cuál era mi signo. Acuario. «Encaja perfectamente con una de sus variantes —se excitaba la rubia oxigenada—. Nunca revela sus sentimientos, pero le encanta bucear en los sentimientos de los demás. Es un sabueso nato, tiene motivaciones complejas, le gustan las experiencias extrañas. Utiliza instintivamente un código moral propio.» Maca le respondía: «Puede ser impersonal pero a la vez mantiene una emocionalidad agazapada». Era fantástico ver cómo la psiquiatría y el zodiaco trataban de entenderme. Al final, Luciana le preguntaba a su novia si ella estaba caliente conmigo. Discutían. Se maltrataban. Se despe-

dían para siempre. Se volvían a escribir. Recomenzaban fogosamente esa pajería inútil. Me dejaban en paz.

Estoy llegando a Tolosa. Es un barrio de casas bajas. El chalé descascarado del sargento queda en una esquina. Subo la camioneta a la acera y toco el timbre. Viene un olor a carne asada que excitaría hasta a un vegetariano ortodoxo. Rosita es una gran parrillera, me abre con una sonrisa triste y autoritaria. Alguna vez fue bailarina erótica y puta de copas. Está más ajada, pero es todavía un pedazo de hembra. Nos abrazamos brevemente, me ordena que pase, y me advierte que la comida se enfría.

El interior del chalé siempre me parece sombrío, pero los fondos son luminosos: tienen porche, parra y jardín. El sargento y su silla de ruedas están acomodados al solcito. Rosa le puso un poncho y un sombrero para que no se congelara con la fresca ni se quemara por la resolana. Desde que tuvo el accidente cerebrovascular no se levanta de ese trono; apenas puede girar la cabeza y mover un poco el brazo izquierdo. No ha sido muy obediente con los médicos: se niega a la rehabilitación y a las dietas, y Rosita se hace mucha mala sangre.

—Dame un cigarrillo —me ordena.

—¿Ya no nos saludamos más, mi sargento?

—Sargento mayor para usted, recluta.

Miro a Rosita que está removiendo las brasas. Le muestro el paquete de Parisiennes. Niega con la cabeza pero lo hace con resignación, se encoge de hombros y sigue con su tarea. Prendo dos cigarrillos y le pongo al sargento uno en los labios. Pudiendo mover su mano no la mueve, solo aspira una bocanada y echa el humo por la nariz. Fumamos los dos mirando el naranjo y los jazmines. Arrastro una silla y me siento a su lado. Rosita nos está informando de que abrieron una carnicería en el barrio y que consiguió una entraña muy sabrosa.

—Murió Santiago, ¿te enteraste? —pregunta el sargento.

Viéndolo de cerca noto que en treinta días ha enveje-

cido un año. Lleva a ninguna parte la piel reseca y el cuerpo hundido. Pero además tiene los ojos muertos. Y eso no pasó ni siquiera cuando nos traían prisioneros y derrotados en el Canberra. Su amargura lleva décadas y hace tres años el ACV le remachó los clavos del ataúd, pero de todas maneras su mirada hasta ahora se había mantenido ilesa y luminosa. Esta mirada vacía es completamente nueva.

—¿Qué Santiago?

—Santiaguito, pelotudo. El pibe al que se le atascó la Mag cuando cayó aquella nevada fuerte.

—¿Un infarto?

—No, qué infarto. Se cayó del tren.

Nos quedamos mudos. Rosita trata de meter música en la angustia. La música de su conversación. Habla del jardín, de los vecinos, del clima, de la política municipal. El sargento y yo oímos la música pero no escuchamos la letra. Escupe la colilla del cigarrillo y yo arrojo la mía a las brasas. Descorcho el primer malbec. Rosita le espanta la ceniza del pecho, le acerca el vaso a la boca, le enjuga las comisuras. Empujo la silla para que él pueda abocarse a la primera entraña. Comemos. La carne está deliciosa. Rosita le corta finito los manjares de su plato y se los da como si fuera papilla. El sargento pide que le llene el segundo vaso. No le doy charla porque sé que no quiere que le tengan lástima. Espero lo inevitable. Hace treinta años que pasa exactamente lo mismo. El sargento encontrará el modo de hacer un comentario sobre el 11 de junio. Empezará por los cañonazos de los buques, o por el inglés que pisó una mina en los «campos de la muerte», al noroeste del monte. El ataque sorpresa del regimiento de paracaidistas, el cielo cruzado por bengalas, los morteros, el tableteo de las ametralladoras, la lenta noche de heroísmos y cobardías. El modo en que yo me volví loco. «¡Hijo de remil putas, replegate! ¡Te ordeno que te repliegues!» Los recuerdos derivarán en los camaradas de la Compañía de Ingenieros y en el Escuadrón de Explo-

ración de Caballería Blindado. Los fusilamientos que el enemigo ejecutó en el campo de batalla. Aquel gurka que le arrancó de una ráfaga corta el ojo izquierdo y la masa encefálica a un compañero. Que después sobrevivió porque Dios es grande. Cosas vistas, entrevistas, oídas, ciertas y falsas, agrandadas y empequeñecidas por el tiempo. El sargento llevándome al hombro kilómetros y kilómetros para salvarme de la muerte. El hospital de mutilados, la capitulación, el regreso. Decenas de nombres. Qué fue de este soldado, qué hizo aquel oficial. ¿Te enteraste de que mengano se mató, sabés que fulano tuvo un hijo? «Entre toda esa muchachada el único que salió torcido fuiste vos —dice siempre en los epílogos, y esta vez no es una excepción—. La manzana podrida.» Nos reímos un poco. Cuatro horas después, Rosita ya duerme la siesta en una hamaca paraguaya y el sargento hace una pausa, tiene un cansancio animal. En todo este tiempo, vaciamos las dos botellas y el paquete de cigarrillos. Los ojos muertos han revivido un poco y se han vuelto a morir. Estamos muy juntos, hablamos en susurros. La tarde cae asombrosamente rápido. Las brasas mantienen un cierto calorcito, pero pronto el sargento sentirá frío y sueño, y me pedirá que lo lleve hasta el dormitorio y lo acueste en la cama. Rosita, al oír el ruido de la silla de ruedas, vendrá detrás, le dará sus cuatro pastillas con un vaso de agua, le besará los labios, le apagará la luz y le cerrará amorosamente la puerta. Antes de que todo eso ocurra, esta vez el sargento me dirá en un soplido: «No quiero que a Rosita le falte nada, Remil». Me gustaría contradecir su pesimismo o aunque sea abrazarlo, pero sé que sería muy capaz de escupirme. Le acomodo mejor el sombrero. «Los matasanos le avisaron que empeoro día a día —agrega, pero sonrío sin gracia—. No dejes que me metan bajo tierra, siempre tuve claustrofobia.» Rosita ya le prometió cien veces una cremación, pero el jefe solo confía en su recluta. Asiento y asiento, muevo la cabeza como esos perros de juguete que antes ponían en

las lunetas de los autos. Empujo la silla, Rosita acude a su cita y cumple el rito. Limpio la parrilla mientras ella lava los platos. No cruzamos una palabra. No podemos.

Después nos echamos unos polvos silenciosos en el porche.

Maca es una gordita de facciones agradables y tetas portentosas. Usa unos bifocales de montura colorada que le hacen juego con el rouge, el cinturón, la pluma y los zapatos. Está leyendo la carpeta confidencial de seis páginas que le traje: ahí está casi todo lo que por ahora sabemos de Nuria Menéndez Lugo. Hace un momento, al evaluar unos segundos la foto de la morocha, dibujó con la boca un mohín extraño, como si estuviera haciendo fuerza para no reírse. Me doy cuenta de que está pensando en su novia. La rubia oxigenada corre por Madrid para llegar a tiempo con una investigación a fondo sobre nuestra misteriosa abogada. Maca y Luciana Flores deben estar intercambiando por las noches opiniones malévolas sobre la gallega. Ya sabrán con certeza lo que yo apenas adivino. Que Nuria no es lesbiana. Pero quién sabe qué deducciones astrológicas habrá pergeñado la Flores acerca de esa mujer elegante.

Miro alrededor y prendo un cigarrillo. Estamos en los fondos de la planta baja de la Casita. La oficina de Maca da a un patio interno con malvones. Es un panorama deprimente. Todo el edificio lo es. El coronel ocupa, en lo más alto, un despacho con vista a la calle Chacabuco, un paisaje que tampoco da muchas ganas de vivir. En recepción, antes de entregar el arma y de pasar por el detector de metales, me acaban de comunicar que el coronel me espera a las doce. Hay una hora por delante. Maca dejará de un momento a otro el dossier Menéndez, se echará hacia atrás, me mirará a los ojos y tratará de sorprenderme con una pregunta íntima o un golpe bajo. Es su modus operandi. Podría inventar por completo los

informes para el juzgado, y de hecho redacta una minuta llena de lugares comunes donde aparezco como un paciente con grandes progresos. Pero el coronel le ha pedido que escriba, en paralelo, un informe veraz «solo para sus ojos». Cálgaris monitorea mi cabeza, cree que puedo tener algún desvío y causarle un dolor de huevos. «Al contrario —me dijo una vez cuando se lo eché en cara— lo hacemos por tu bien.» Qué considerado, el muy hijo de puta.

Ya pasamos por mi infancia y los traumas de la guerra, también por los efectos colaterales que trae este oficio. Ya tuvimos algunos tramos incómodos, como cuando me preguntó sobre la muerte. Por esa época yo había recibido una orden que no se podía cumplir. La corté con la misma brusquedad con que lo corté al coronel: «No soy un sicario». Cálgaris pasó por alto la insubordinación y olvidó el tema, pero Maca casi salta del asiento. Esa semana escribió un mail a España con una frase memorable: «Es curioso, ante sí mismo se siente un soldado, tal vez un mercenario, a veces un guardaespaldas, un espía o un detective, aunque nunca entra en esas fantasías literarias baratas. Pero estos días he descubierto que muy atrás y muy adentro este boludo se considera una especie de héroe». En el correo de respuesta, Luciana Flores agregaba un concepto irónico: «Sí, un héroe infame». Así que eso somos, amigos. Ni héroes de corazón puro ni héroes cansados. Solo somos héroes infames. Aventureros sin moral en los desagües de este país lleno de gente honesta y desinteresada.

—Hace siglos que no hablamos de tu vida sentimental —dice Maca, soltando el dossier y mirándome a los labios—. ¿Cómo va la cosa? ¿Hay alguna mina?

—Muchos acuarianos somos un poco cerebrales con los sentimientos —le contesto, y echo una bocanada de humo. Se nota en su cara que ahora el golpe bajo se lo di yo: está de repente tiesa, como si sospechara que la estuve espiondo.